

A. A. Milne

EL MISTERIO
DE LA CASA ROJA

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Índice

Introducción	13
---------------------	-----------

El misterio de la Casa Roja

Capítulo 1	
La señora Stevens tiene miedo	17

Capítulo 2	
El señor Gillingham se baja en la estación equivocada	25

Capítulo 3	
Dos hombres y un cadáver	35

Capítulo 4	
El hermano de Australia	44

Capítulo 5	
El señor Gillingham elige un nuevo oficio	54

Capítulo 6	
¿Dentro o fuera?	63

Capítulo 7	
Retrato de un caballero	71
Capítulo 8	
¿Me sigues, Watson?	79
Capítulo 9	
Las posibilidades de una equipación de cróquet	90
Capítulo 10	
El señor Gillingham dice tonterías	100
Capítulo 11	
El reverendo Theodore Ussher	109
Capítulo 12	
Una sombra en la pared	118
Capítulo 13	
La ventana abierta	126
Capítulo 14	
El señor Beverley sirve para el teatro	135
Capítulo 15	
La señora Norbury se confía al estimado señor Gillingham	144
Capítulo 16	
Preparándose para la noche	154
Capítulo 17	
El señor Beverley se da un baño	164
Capítulo 18	
Conjeturas	178

Capítulo 19	
La investigación judicial	186
Capítulo 20	
El señor Beverley tiene mucho tacto	196
Capítulo 21	
La disculpa de Cayley	203
Capítulo 22	
El señor Beverley sigue adelante	215

A John Vine Milne

Querido padre:

Como toda la buena gente, tienes debilidad por las novelas policiacas y te parece que nunca hay suficientes. Por eso, después de todo lo que has hecho por mí, lo menos que puedo hacer yo por ti es escribirte una. Aquí está, con más gratitud y afecto de los que puedo expresar en estas líneas.

A. A. M.

Introducción

Cuando hace unos años le dije a mi agente que iba a escribir una novela policiaca, se recuperó del susto tan rápido como se podía esperar, pero me dejó claro (al igual que más tarde le dejaría claro a él toda una serie de editores y editoriales) que lo que el país quería de un «renombrado humorista de la revista *Punch*» era una «historia cómica». Sin embargo, yo estaba decidido a escribir sobre vidas delictivas y el resultado fue tal que cuando dos años después anuncié que estaba preparando un libro de poemas infantiles, tanto mi agente como mi editor se mostraron convencidos de que lo que más deseaban las naciones angloparlantes era una nueva novela policiaca. Otros dos años han pasado ya, los apetitos del público han cambiado una vez más y es obvio que otra novela policiaca, escrita en oposición a la constante y terrenal demanda actual de libros infantiles, sería de muy mal gusto. Así que me conformaré, de momento, con una introducción para esta nueva edición de *El misterio de la Casa Roja*.

Me apasionan las novelas policiacas. De la cerveza, un entusiasta ha dicho que nunca puede ser mala, aunque algunas marcas pueden ser mejores que otras. Con ese mismo espíritu (si se me permite la comparación) abordo yo cada nueva historia de detectives. Eso no quiere decir que carezca de sentido crítico. Al contrario, tengo todo tipo de curiosas preferencias y el autor

debe satisfacerme de múltiples y extrañas maneras para que le otorgue una matrícula de honor. Por ejemplo, prefiero que las novelas policiacas estén escritas en inglés. Recuerdo haber leído una en la que se cometía un asesinato especialmente fascinante y se especulaba mucho sobre cómo el criminal había logrado irrumpir en la biblioteca de la víctima. El detective, sin embargo (según decía el autor), «estaba más preocupado por descubrir cómo el asesino había efectuado el egreso». Me resulta angustiioso pensar que en nueve de cada diez novelas policiacas de todo el mundo los asesinos no dejan de «efectuar egresos» cuando podrían simplemente «salir». El sabueso, el héroe, los múltiples sospechosos..., todos emplean ese mismo lenguaje extraño y los lectores tenemos que disculparnos por creer que ni el entusiasmo natural por matar a la víctima correcta ni la tensión de sospechar del personaje equivocado son excusa suficiente para tal ininterrumpido torrente de jergonza.

Sobre la gran cuestión del amor puede haber opiniones divididas, pero la mía es que no debería estar. Al lector, intrigado por saber si la sustancia blanca de los panecillos es arsénico o polvos faciales, no se le puede tener en vilo mientras Roland sostiene la mano de Angela «unos segundos más de lo que dictan las buenas costumbres de la sociedad». En esos segundos, bien aprovechados, podrían haber pasado muchas cosas: se pueden dejar o descubrir huellas de pisadas, se pueden recoger colillas y guardarlas en sobres... Por supuesto, Roland puede tener un libro para él solo en el que sostenga lo que le apetezca, pero en una novela policiaca debe atender estrictamente a su labor.

Del propio detective, exijo en primer lugar que sea aficionado. En la vida real, sin duda, los mejores investigadores son los policías profesionales, pero también en la vida real los mejores criminales son delincuentes profesionales. En las mejores novelas policiacas, el villano es casual, cualquiera de nosotros; nos codeamos con él en el salón de la víctima y no hay informes ni fichas ni registros de huellas dactilares que puedan usarse en su contra. Solo el detective aficionado puede desenmascarar al culpable a la luz de un frío razonamiento inductivo y con la

lógica implacable de los hechos. Y en verdad esta lógica y este razonamiento son las únicas herramientas que le permito. ¡Fuera el investigador científico, el hombre del microscopio! ¿Qué satisfacción obtenemos usted o yo cuando un famoso catedrático analiza la pequeña partícula de polvo que el asesino ha dejado tras él e infiere que vive entre una fábrica de cerveza y un molino de harina? ¿Qué emoción sentimos cuando la mancha de sangre en el pañuelo del desaparecido demuestra que no ha mucho le ha mordido un camello? Si hablo por mí, ninguna. Es demasiado fácil para el autor y demasiado difícil para los lectores.

Y esto es lo que en realidad concluimos: que el detective no debe tener conocimientos más especiales que el lector medio. Al lector hay que hacerle sentir que, si hubiera aplicado ese mismo razonamiento inductivo y esa lógica implacable de los hechos (como, gracias al cielo, somos capaces de hacer), él también habría descubierto al culpable. Por supuesto, es imposible para el autor presentar las claves de tal forma que tengan el mismo valor para el lector en su biblioteca que para el detective junto al cadáver. Una cicatriz en la nariz de uno de los invitados puede no sugerir nada al investigador, pero el hecho de que el autor la mencione de manera explícita le da de inmediato una relevancia desproporcionada respecto a su valor aparente a ojos del lector. No podemos sorprendernos ni sentirnos dolidos si el escritor, consciente de ello, iguala las condiciones de ambos pasando con tanta despreocupación como le es posible por la nariz de los demás personajes, o quizá incluso con una descripción más prolífica en detalles. No habrá queja siempre que tanto el autor como el detective dejen el microscopio en casa.

Y, por fin, ¿qué hay de Watson? ¿Tiene que haber un Watson? Sí. Muera el autor que deja el desenlace para el último capítulo y convierte todos los anteriores en mero prólogo para un drama de cinco minutos. Esa no es forma de escribir una novela. Tenemos que saber capítulo a capítulo lo que piensa el investigador. Para ello puede servirse de un Watson o del soliloquio; lo primero no es más que una versión dialogada de lo segundo y, por

ello, más entretenido. Un Watson, entonces, pero no necesariamente estúpido. Un poco lento, de acuerdo, como lo somos tantos de nosotros, pero cordial, humano, agradable...

Ahora entenderá cómo se gestó *El misterio de la Casa Roja*. La única excusa que he encontrado hasta hoy para escribir cualquier cosa es que quería hacerlo, y estaría tan orgulloso de dar a luz una guía telefónica *con amore* como avergonzado de componer una tragedia en verso blanco por orden de otros. Sin embargo, muchas veces he deseado no haber escrito este libro, pues creo que, desde el punto de vista de un incondicional, se acerca mucho a la novela policiaca perfecta. Aunque nunca lo haya visto, lo conozco en profundidad; sé lo que quiere leer y lo que no. He tenido en cuenta sus deseos y sus prejuicios en cada paso... Da lástima pensar que esta es la única historia de detectives del mundo que nunca podrá leer.

A. A. M.

Abril de 1926

Capítulo 1

La señora Stevens tiene miedo

En el soporífero calor de una tarde de verano, la Casa Roja dormía la siesta. Se oía el perezoso murmullo de las abejas en los macizos de flores y el suave arrullo de las palomas en las copas de los olmos. De los prados lejanos llegaba el zumbido de una segadora, el más reconfortante de los sonidos campestres, que hacía el descanso aún más dulce, pues se disfrutaba mientras otros estaban trabajando.

Era la hora en la que incluso aquellos cuya labor es atender las necesidades de los demás tenían un momento para sí mismos. En el saloncito del servicio, la hermosa doncella Audrey Stevens recomponía su mejor sombrero y hablaba distraída con su tía, la cocinera y ama de llaves de la casa del señor Mark Ablett, soltero.

—¿Para Joe? —preguntó la señora Stevens con voz sosegada y la mirada puesta en el gorro.

Audrey asintió. Cogió un alfiler que tenía en la boca, buscó dónde colocarlo y dijo:

—Le gusta el rosa.

—Debo decir que a mí tampoco me disgusta —afirmó su tía—. Joe Turner no es el único.

—No es un color que le siente bien a todo el mundo —respondió Audrey mientras sujetaba el sombrero con el brazo exten-

dido hacia delante y lo observaba pensativa—. Es elegante, ¿verdad?

—¡Oh! A ti te quedará de maravilla. Y yo lo habría llevado con gracia a tu edad. Ahora es demasiado vistoso para mí, aunque me atrevo a decir que aún lo luciría mejor que otras personas. Nunca he sido la clase de mujer que pretende ser lo que no es. Si tengo cincuenta y cinco, tengo cincuenta y cinco, digo yo.

—Cincuenta y ocho, ¿no, tía?

—Solo estaba poniendo un ejemplo —replicó la señora Stevens muy digna.

Audrey enhebró una aguja, extendió la mano para examinarse las uñas con atención un momento y luego empezó a coser.

—Qué curioso lo del hermano del señor Mark. ¡Imagínese, no ver a un hermano en quince años! —La doncella dejó escapar una tímida risita y continuó—: Me pregunto qué haría yo si pasase quince años sin ver a Joe.

—Como ya he dicho esta mañana —recordó su tía—, yo llevo aquí cinco años y nunca había oído hablar de ningún hermano. Lo juraría ante cualquiera si fuese a morir mañana. Desde que estoy en esta casa, aquí nunca ha habido ningún hermano.

—Casi me quedo bizca cuando lo ha mencionado en el desayuno esta mañana. No he oído lo que decían antes, claro, pero cuando he entrado todos hablaban del hermano... ¿Para qué había ido? ¿Para llevar leche caliente o las tostadas? Bueno, todos hablaban de él y el señor Mark se ha girado hacia mí y me ha dicho, ya sabes cómo habla, «Stevens», me ha dicho, «mi hermano va a venir de visita esta tarde, espero su llegada sobre las tres». «Acompáñelo al despacho», me ha dicho, tal cual. «Sí, señor», he contestado yo muy calmada, pero no había estado tan sorprendida en mi vida, porque no sabía que tuviese un hermano. «Viene de Australia», me ha dicho. Eso, lo había olvidado. «De Australia».

—Bueno, puede que haya estado en Australia —dijo la señora Stevens con prudencia—. Eso no lo puedo asegurar porque no conozco el país, pero lo que sí sé es que nunca ha estado aquí. No desde que yo estoy en esta casa, y de eso hace cinco años.

—Bien, tía, pero es que llevaba quince años sin venir. Oí que el señor Mark se lo decía al señor Cayley. «Quince años», ha dicho cuando el señor Cayley le ha preguntado por la última vez que su hermano estuvo en Inglaterra. El señor Cayley estaba al tanto de su existencia, le oí decirselo al señor Beverley, pero ignoraba cuándo había venido por última vez, ya ve. Por eso se lo ha preguntado al señor Mark.

—Yo no sé nada de hace quince años, Audrey. Solo puedo hablar de lo que conozco, de los cinco años que se han cumplido en Pentecostés. Puedo dar mi palabra de que ese hombre no ha puesto un pie en esta casa en los últimos cinco años cumplidos en Pentecostés. Y si ha estado en Australia, como dices, pues supongo que tendría sus razones.

—¿Qué razones? —preguntó Audrey en tono despreocupado.

—No importa qué razones. Voy a decirte algo, Audrey, pues desde que tu pobre madre falleció yo ocupo de algún modo su lugar: cuando un hombre se va a Australia, tiene sus razones. Y si se queda allí quince años, como dice el señor Mark, o cinco por lo que a mí respecta, tiene sus razones. Y una muchacha bien educada no pregunta cuáles son esas razones.

—Se metería en problemas, supongo —respondió Audrey sin darle importancia—. En el desayuno estaban diciendo que había sido un poco tarambana. Deudas. Me alegro de que Joe no sea así. Tiene quince libras en una cuenta de ahorro de oficina de correos, ¿se lo había dicho?

Pero esa tarde no hablarían más sobre Joe Turner. El timbre de la campanilla hizo que la joven se pusiera en pie, ya no como Audrey sino como Stevens, y se colocara la cofia frente al espejo.

—Ahí lo tiene, la puerta principal —dijo—. Es él. «Acompáñelo al despacho», me ha dicho el señor Mark. Supongo que no quiere que los demás lo vean. Bueno, en cualquier caso han salido todos a jugar al golf... Me pregunto si se quedará, a lo mejor ha traído un montón de oro de Australia. Debería informarme un poco sobre ese lugar, porque si allí cualquiera puede conseguir oro, no le digo yo que Joe y yo...

—Venga, venga, date prisa, Audrey.

—Ya voy, tía.

Y salió.

Para cualquiera que acabase de recorrer el camino de la entrada bajo el sol de agosto, la puerta abierta de la Casa Roja revelaría un vestíbulo deliciosamente acogedor cuya mera visión resultaba refrescante. Era un espacio amplio de techos bajos y vigas de roble, con paredes de color crema y ventanas emplomadas cubiertas por cortinas azules. A derecha e izquierda varias puertas conducían a otras tantas salas, pero de frente según se entraba había otro ventanal, que daba a un pequeño patio de hierba, y entre las ventanas de uno y otro lado, como estaban abiertas, corría una suave brisa. La escalera subía en peldaños anchos y bajos por la pared de la derecha y luego giraba a la izquierda para conducirte, a través de una galería que cruzaba todo lo ancho del vestíbulo, a los dormitorios. Eso si ibas a quedarte a pasar la noche. Las intenciones del señor Robert Ablett a ese respecto aún no se conocían.

Cuando Audrey llegó al vestíbulo, dio un pequeño respingo al ver de pronto al señor Cayley sentado discretamente en un banco junto a una de las ventanas frontales, leyendo. No había razón para que no estuviera allí, sin duda un lugar mucho más fresco que el campo de golf en un día como aquel, pero la casa parecía desprender una especie de aire desierto esa tarde, como si todos los invitados estuviesen fuera o, quizá lo más sensato de todo, arriba en sus habitaciones, durmiendo. El señor Cayley, primo del dueño de la casa, la sorprendió, y, tras dejar escapar una breve exclamación cuando se topó con él de repente, la doncella se ruborizó.

—Le ruego que me disculpe, señor, no lo había visto —dijo.

Él levantó la mirada del libro y sonrió. Una sonrisa atractiva en aquel rostro enorme y feo. «El señor Cayley es todo un caballero», pensó Audrey, y siguió su camino al tiempo que se preguntaba qué haría su señor sin él. Si ese hermano, por ejemplo, tuviera que ser despachado de vuelta a Australia, sería el señor Cayley el que prepararía el paquete.

«Así que este es el señor Robert», se dijo Audrey cuando tuvo delante a la visita.

Después le diría a su tía que lo habría reconocido en cualquier parte como el hermano del señor Mark, pero habría dicho lo mismo fuera como fuese. En realidad se sorprendió. El menudo y apuesto Mark, con su barba pulcra y puntiaguda y su bigote cuidadosamente rizado, con esos ojos raudos que no dejaban de observar a todo el que estuviese en su compañía en busca de una sonrisa más que registrar en su haber cuando había dicho algo agradable u otra mirada expectante cuando esperaba su turno para hablar, era un hombre muy diferente de aquel tosco colono mal vestido que la observaba frunciendo el ceño.

—Quiero ver al señor Mark Ablett —gruñó. Sonaba casi como una amenaza.

Audrey se recompuso y sonrió conciliadora. Siempre tenía una sonrisa para todo el mundo.

—Sí, señor, lo está esperando. Si quiere acompañarme.

—¡Ah! Así que sabe quién soy, ¿eh?

—¿El señor Robert Ablett?

—Así es, sí. Conque me está esperando, ¿eh? Se alegrará de verme, ¿eh?

—Si quiere acompañarme, señor —repitió Audrey con delicadeza.

Luego se dirigió a la segunda puerta de la izquierda y la abrió.

—El señor Robert Ab... —empezó a anunciar, pero se interrumpió. La habitación estaba vacía. Se volvió hacia el hombre que permanecía tras ella—. Por favor, tome asiento, iré a buscar al señor. Sé que no ha salido porque me dijo que lo esperaba a usted esta tarde.

—¡Ah! —exclamó el otro mientras echaba un vistazo a su alrededor—. ¿Cómo llaman a este sitio, eh?

—El despacho, señor.

—¿El despacho?

—La habitación donde trabaja el señor.

—Donde trabaja, ¿eh? Qué novedad. No sabía que hubiera dado un palo al agua en su vida.

—Donde escribe, señor —repuso Audrey con dignidad. El hecho de que el señor Mark «escribiese», aunque nadie supiera qué, era motivo de orgullo entre el servicio.

—No voy lo bastante bien vestido para el salón, ¿eh?

—Le diré al señor que ha llegado —zanjó la doncella, taxativa. Cerró la puerta y lo dejó allí.

¡Bueno! ¡Eso sí que era algo para contarle a su tía! Al punto su mente empezó a bullir, repasando en silencio todo lo que ese hombre le había dicho y todo lo que ella le había dicho a él. «En cuanto lo he visto, me he dicho a mí misma...». Vamos, que casi se queda bizca. Quedarse bizca, en verdad, era una amenaza constante para Audrey.

Sin embargo, lo más urgente era encontrar al señor. Cruzó el vestíbulo en dirección a la biblioteca, se asomó para mirar, retrocedió luego algo indecisa y se detuvo delante de Cayley.

—Disculpe, señor —dijo en voz baja y respetuosa—, ¿podría decirme dónde está el señor Ablett? Ha llegado el señor Robert.

—¿Qué? —contestó Cayley al tiempo que levantaba la vista del libro—. ¿Quién?

Audrey repitió la pregunta.

—No lo sé, ¿no está en su despacho? Subió al Templete después del almuerzo. Creo que no lo he visto desde entonces.

—Gracias, señor. Iré a ver al Templete.

Cayley retomó su lectura.

El «Templete» era un cenador de ladrillo que había en el jardín trasero de la casa, a unos trescientos metros. Allí Mark meditaba algunas veces antes de retirarse al despacho para poner sus ideas sobre el papel. No eran reflexiones de mucho valor; es más, acababan en la sobremesa de la cena más a menudo que en el papel, y en el papel más a menudo que en la imprenta. Pero eso no impedía que el propietario de la Casa Roja se sintiese un poco molesto cuando algún invitado se comportaba de manera inapropiada en el Templete, como si se hubiera erigido para el ordinario propósito de coquetear y fumar cigarrillos. En una ocasión, había sorprendido a dos de sus huéspedes jugando allí un partido de pelota. Mark no hizo nada en ese

momento, salvo preguntarles, en un tono menos cordial de lo que era habitual en él, si no podían buscar otro sitio para aquel pasatiempo, pero los ofensores jamás volvieron a recibir una invitación suya.

Audrey caminó pausadamente hasta el Templete, miró dentro y regresó sobre sus pasos. Menuda caminata para nada. Quizá el señor estuviese arriba, en su habitación. «No voy lo bastante bien vestido para el salón». Bueno, tía, ¿a usted le gustaría tener en su salón a alguien que llevara un pañuelo rojo alrededor del cuello y unas polvorientas botas y...? ¡Caray! Alguno de los hombres debía de estar cazando conejos. A la tía le encantaba el conejo encebollado. Qué calor hacía, no le diría que no a una taza de té. En fin, una cosa parecía segura, el señor Robert no iba a quedarse a pasar la noche, no había traído equipaje. Por supuesto, el señor Mark podría prestarle algunas cosas, tenía ropa de sobra para seis hombres. Lo habría reconocido en cualquier parte como el hermano del señor Mark.

Entró de nuevo en la casa. Cuando pasaba junto al saloncito del servicio de camino al vestíbulo, la puerta se abrió de repente y una cara temerosa se asomó al pasillo.

—Hola, Aud —dijo Elsie, y luego añadió, volviendo a entrar en la habitación—: Es Audrey.

—Pasa, Audrey —le pidió la señora Stevens.

—¿Qué ocurre?

—Ay, querida, menudo susto me has dado. ¿Dónde estabas?

—En el Templete.

—¿Has oído algo?

—Oír ¿qué?

—Golpes y explosiones y ruidos terribles.

—¡Ah! —repuso Audrey, bastante aliviada—. Uno de los hombres estaba cazando conejos. Según venía me decía a mí misma: «A la tía le encanta el conejo», me he dicho, y no me sorprendería que...

—¡Conejos! —la interrumpió su tía con desdén—. Ha sido dentro de la casa, niña.

—Desde luego —corroboró Elsie, que era otra de las donce-

llas—. Se lo he dicho a la señora Stevens, ¿verdad, señora Stevens? Le he dicho: «Ha sido dentro de la casa».

Audrey miró a su tía y luego a Elsie.

—¿Crees que llevará un revólver? —dijo con apenas un hilo de voz.

—¿Quién? —preguntó Elsie, nerviosa.

—Ese hermano suyo. El de Australia. En cuanto le he puesto los ojos encima, me he dicho: «Este tipo no es trigo limpio». Eso me he dicho, Elsie. Antes incluso de que abriese la boca. ¡Y menudo grosero! —Luego se giró hacia su tía—. Le doy mi palabra.

—Recordarás, Audrey, que yo siempre he dicho que uno no puede saber a qué atenerse con la gente de Australia. —La señora Stevens se recostó en su silla, con la respiración agitada—. Ahora mismo no saldría de esta habitación ni aunque me pagaran cien mil libras.

—¡Bueno, señora Stevens! —exclamó Elsie, que estaba deseando juntar cinco chelines para comprarse un par de zapatos nuevos—. Yo no diría tanto, pero...

—¡Calla! —gritó el ama de llaves incorporándose sobresaltada.

Todas prestaron atención, inquietas, y las dos jóvenes se acercaron de manera instintiva a la silla de la mujer mayor.

Alguien sacudía una puerta, le daba golpes y patadas.

—¡Escuchad!

Audrey y Elsie se miraron asustadas. Oyeron la voz de un hombre que gritaba furioso.

—¡Abrid la puerta! —decía—. ¡Abrid la puerta! ¡Vamos, abrid la puerta!

—¡No abráis la puerta! —gritó la señora Stevens fuera de sí, como si fuese esa habitación la que estuviera amenazada—. ¡Audrey! ¡Elsie! ¡No lo dejéis entrar!

—¡Maldita sea, abrid la puerta! —insistía aquella voz.

—Nos van a matar a todos mientras dormimos —balbuceó la mujer.

Horrorizadas, las dos jóvenes se arrimaron más la una a la otra y la señora Stevens, que las había rodeado a cada una con un brazo, se quedó allí sentada, esperando.